

LAURA ARNÉS



Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigadora del Instituto de Investigaciones de Estudios de Género (UBA) y del CONICET. Profesora de la materia de grado Teoría y Estudios Literarios Feministas (FFyL, UBA) y en la Maestría en Estudios y Políticas de Género (UNTREF). Coordina la Historia feminista de la literatura argentina (Eduvim). Publicó *Ficciones lesbianas. Literatura y afectos en la cultura argentina*, Madreselva (2016) y la compilación *Bisexualidades feministas. Contrarelatos desde una disidencia situada* Madreselva (2019). Es coeditora de Proyecto Num: recuperemos la imaginación para cambiar la historia, Madreselva (2017) y coordinadora de *En la intemperie. Poéticas de la fragilidad y la revuelta*, Eduvim (2020).

1. Y, cada tanto, Sade -escribe Germán García- encontrando en esa insistencia el antecedente del “sujeto burgués liberado de la tutela”. La actualidad de la máxima sadiana convertida en imperativo: “sólo tuyo es tu cuerpo; sólo tú tienes en el mundo el derecho de gozar de él, y de hacer gozar con él a quien te plazca”, tropieza con aquella otra que Jacques Lacan deduce de su *Filosofía en el tocador*: “tengo derecho a gozar de tu cuerpo, puede decirme quienquiera, y ese derecho lo ejerceré, sin que ningún límite me detenga en el capricho de las exacciones que me venga en gana saciar en él”. El llamado al legislador parece estar asegurado.
¿Qué podría decirnos sobre semejante callejón sin salida?

En principio, tal vez habría que aclarar que son los imperativos -cualquiera sea- lo que desde los feminismos tratamos de desarmar. No aceptamos los callejones sin salida, nos desmarcamos de los autoritarismos del lenguaje y de los despotismos de la cita de los hombres blancos: “Las palabras del amo nunca desmontan la casa del amo”, decía en la década del ochenta la poeta Audre Lorde. Nos resistimos a que cualquier discurso devenga amo y habitamos las contradicciones en su potencia.

Por otro lado, y en otro tono, si bien entiendo que las ciudadanías contemporáneas se construyen entre la lucha por derechos (democracia) y las consideraciones sobre el trabajo (capitalismo), es decir, en las disputas por los usos de o sobre nuestros cuerpos, también creo que, así como no

hay acción, ni afirmación que se pueda pensar por fuera de su contexto, no hay nunca un cuerpo individual sino alianzas, zonas comunes en permanente reconfiguración.

2. El sintagma diversidad trajo una renovación en materia de derechos que puso en agenda a las disidencias sexuales. Esto incrementó las “posibilidades” del género, convirtiendo a su vez las “prácticas sexuales” en sendas identidades (auto-percibidas), que funcionan como etiquetas de los diferentes agrupamientos colectivos, en cuya base se renueva paradójicamente, los motivos de la segregación. En este sentido: “¿por qué muchos sería mejor que dos?” es la pregunta irónica que le proponemos responder.

Vale aclarar que no estoy de acuerdo con la aparente progresión lógica del primer párrafo. Por un lado, “diversidad” y “disidencia” no son lo mismo. Por otro lado, las identidades ligadas a las disidencias sexuales no se construyen solamente sobre prácticas sexuales. De hecho, de estas afirmaciones se podría desprender la conclusión de que la heterosexualidad se sostendría solamente sobre actos sexuales (y/o identificaciones edípicas) y que sería también una “identidad (auto-percibida)”, cuando sabemos que no es así; que, más allá de las identificaciones, hay todo un mundo, por lo menos el occidental, construido sobre ese par significativo, genéricamente *diferenciado* (es decir jerarquizado), que se renueva constantemente de modos predecibles e impre-



decibles. Pero, además, considerar que las formas de identidad que van apareciendo renuevan los motivos de la segregación insiste en una mirada que continúa instalada en el privilegio heterosexual.

Por otro lado, la *encarnación* feminista -desde la que muchas nos subjetivamos- no se trata de una localización fija en un cuerpo reificado de cualquier manera sino, como dice la teórica Donna Haraway, de nudos, de inflexiones, de orientaciones y de responsabilidad por la diferencia. Así, no pienso las identidades como meras etiquetas. Prefiero pensarlas en tanto configuraciones estratégicas: solidaridades temporales en pos de acciones concretas. Esto, como también señala Haraway, nos habilita a reflexionar en torno a cómo son creados los significados y los cuerpos, no para negar los significados y los cuerpos sino para vivir en significados y en cuerpos que tengan una oportunidad en el futuro.

En este sentido, no veo la ironía en la pregunta final. Simon de Beauvoir, en tanto existencialista, insistía en que toda existencia era definida por su “situación”, marco en el que se podría ejercer la libertad. Así, la corporalidad (considerada de modo binario) y los significados sociales que se le atribuían a las diferencias, habrían condicionado las posibilidades de los cuerpos. Más de cincuenta años después, Judith Butler retoma estas reflexiones y da un paso más allá: si el cuerpo es una *situación*, un campo de posibilidades interpretativas, un peculiar nexo entre elección, identificación y cultura, la noción de “sexo” natural resulta sospechosa. Bajo esta perspectiva, el margen de libertad que tendríamos como sujetos -la posibilidad de agenciamiento, incluso- no se encuentra en la igualdad entre dos sino en abrir el campo de posibilidades para el género (es decir para los cuerpos) sin dictar qué tipo de posibilidades deberían ser realizadas. Entonces, ¿por qué no dos? porque aceptar y confinarnos no sólo tiene para muchos de nosotres un costo muy alto sino porque un futuro liberado de dicotomías parecería mucho más promisorio, quiero decir, sencillamente, más creativo, más libre, más sorprendente y más feliz.

3. “El amo de mañana, comanda desde hoy”, es un adagio enunciado por Jacques Lacan como corolario de la agitación de mayo del 68, en un texto que respondía a la solicitud del diario *Le monde*, y que

no fuera publicado. El presente toma otro relieve, si lo lee bajo el lente de este adagio.

A su juicio, ¿qué fantasmas se agitan y qué goces son prometidos por ese amo hoy apenas entrevisto?

No me siento cómoda hablando de fantasmas ni de goces, ni tampoco haciendo pronósticos. Lo que sí puedo decir es que no creo que el amo esté apenas entrevisto: se exhibe, impúdica y constantemente, ante todos.

4. La lectura de Lacan advierte sobre la ingenuidad del sujeto que cree que él es él, la más común de las locuras, fundada en la fantasía de un “ego autónomo” cuyo correlato es la ideología de la libre elección.

¿Cómo concibe el empuje del prefijo “auto” que convalida de modo nuevo el viejo mito de la identidad personal?

“Se dice de mí”, cantaba Tita Merello en 1955. “Me gritaron negra”, insistía la compositora y coreógrafa peruana Victoria Santa Cruz en 1971 pero en 1984 Sandra Mihanovich ya gritaba, eufórica, “yo soy lo que soy”.

Por supuesto es ingenuo creer que uno es uno, pero justamente, la trampa está en que “él” históricamente fue “él”. Las mujeres y las lesbianas, como también otros sujetos subalternizados o, en palabras de Butler, abyectos, siempre fuimos “otro”: perseguides, hablades, carentes, deseades, patologizades e, incluso, desaparecides. En este sentido, el “auto” es la marca de una resistencia a ser definides (en la multiplicidad de sentidos que tiene esta palabra); a que hagan -a veces más literalmente de lo que una quisiera- con nosotres lo que quieren. Si finalmente todo “yo” es una construcción ficcional, el “auto” es el reconocimiento de que mi forma de verme interrumpe la lógica de la mirada que históricamente me subjetivó, es la puesta en escena de mi negación a ser designada por la palabra del amo o, incluso, la declaración de que la palabra -y el cuerpo que la voz arrastra - entro en territorio inestable (es decir, que su significado ya no es el esperable).

